

## LA PASIÓN SEGÚN SOLOGUREN

*Jorge Eduardo Eielson*

### 1

Conozco a Javier Sologuren desde la adolescencia, y lo recuerdo siempre enamorado de una nube, de una muchacha, de una rosa, siempre al borde del abismo de la carne, siempre amarrado al hilo luminoso de su inteligencia, siempre con un libro bajo el brazo, un elogio en la boca, un poema en el pecho, sujeto a resfriados insondables, a ráfagas de fiebres misteriosas, a sorprendentes delirios verbales, concebidos entre un verso de Góngora y un ataque de tos inventada, una interminable, infinita, deslumbrante enfermedad, cuyo nombre —ahora lo sabemos— era la poesía. No me es posible, por lo tanto —y que el lector de estas líneas me perdone la confianza—, hablar de Javier Sologuren como de un poeta a quien se admira en silencio, y nada más. Por la simple razón de que el privilegio de su vieja amistad casi me prohíbe pronunciar, y escribir, su apellido. En estas breves páginas lo llamaré, entonces, como lo he llamado siempre: Javier. Que es una manera de sentirlo más cercano, siempre tan generoso y dispuesto a festejar mis travesuras.

Han pasado cincuenta años, medio siglo de purísima poesía e intacta amistad, y me parece verlo ahora como lo vi un atardecer de 1939, en la puerta de mi casa (vivíamos entonces en el mismo barrio, a un paso de la vieja casona de San Marcos), transportado por las luces del ocaso, con los ojos encendidos, no se sabe si por el mismo ocaso, o por los versos que ya escondía en ellos: «Estrujemos la flor / de nuestra vida!», escribía sin vacilar. Y más adelante: «presencia arrebatada sin reposo / a cierta sed presente / todo y nada / y silencio y fragor-luz destinada / a nacer y morir en cada gozo» (*El Morador*, 1941-44). El alma gongorina de Ja-

vier revela ya su más secreto proyecto: dar forma a la pasión. Arrebato que se mide y matemática que sufre, es su lema. Canto geométrico que desde entonces, atravesará toda su poesía y su existencia, sin la menor flexión ni titubeo. Es seguramente para afinar sus instrumentos que Javier realiza sus estudios de posgrado en El Colegio de México, dirigido por Alfonso Reyes. Ya en París, recibo carta suya y un poema apenas editado. Leo estos versos reveladores: «Vaso de vino pronto a gemir en una tormenta humana / con una sofocante alegría que olvida el arreglo de las cosas / ebrio a distancias diferentes del sonido sin clemencia / errando reflexivo entre el baile de las puertas abatidas / aislando una racha salobre en la inminencia de la muerte / pisando las yerbas del mar, las novedades del corazón / pulsando una escala infinita, un centro sonoro inacabable» (*Dédalo dormido*, 1949). Sus imágenes, *ferma restando* su palpitante geometría, son ahora euclidianas, es decir, se proyectan en una dimensión diferente que, sin embargo, conocemos desde siempre. Descubre entonces que arrodillarse ante lo ineluctable y lo sagrado, ante la plenitud del verbo amar o morir, no es humillarse. Atleta irreprochable del verso, corredor de larga distancia entre la tierra y el cielo, un año después, Javier está nuevamente en el punto de partida, pero la carrera que emprende ahora no tiene meta. «Sepan que estoy viviendo, nubes, sepan que canto» exclama, y es su declaración de principios poéticos, el apasionado y lúcido comienzo de su poesía y su *vida continua*.

## 2

El largo silencio que se extiende desde estos versos y *Regalo de lo profundo* (1950) hasta *Otoño, endechas* (1959), no es realmente un silencio: es tan solo la pausa de la vida, la respiración del atleta antes de proseguir su gran empresa. Javier, que entonces

vive y enseña en Suecia, conoce a Kerstin, que luego se convertirá en su esposa. A ella dedica esta reflexión: «No. Todo no ha de ser viaje sin destino / dolorosa distancia sin poder alcanzarme / piedra sin llama y noche sin latido / No. Mi rostro busco, mi música en la niebla / mi cifra a la deriva en mar y sueños». Mientras tanto, la pausa de reflexión le depara los dulcísimos frutos del amor, de los hijos idolatrados, de la paz familiar. Apacigua también las aguas profundas de su poesía, que ahora dejan ver el fondo con claridad. Encuentra su rostro, su música en la niebla, su propia cifra. Casi en la mitad de su periplo, en el centro mismo de su vida terrestre, Javier levanta su voz irisada, que ya no es solo verso, sino verso y vida confundidos, *canto a capella*, diáfano solo para voz humana, cuya más íntima nota resuena como una oración: «Por ti Gerardo, y por ti Claudio, / Hijos míos, / vuelvo a ser lo que fui / canta en mi / corazón una luz nueva / una vieja canción que desoí / Hoy me asomo al asombro y al confiado / estar en el mundo / Claudio, en tus ojos / en los tuyos, Gerardo» (*Estancias*, 1960).

Salvo *La gruta de la sirena*, una breve *plaque* en forma de miscelánea, publicada el año siguiente, Javier se concede una nueva pausa en el ancho río de su poesía, un nuevo remanso a la sombra de sus dos hijos en flor, a los que también se suma la llegada de Vívika, la esperada niña, mitad vasca, mitad vikinga, que es como decir mitad vida, mitad poesía. Para entonces, él y su familia viven en el Perú, en un lugar llamado Los Ángeles, a unos 35 kilómetros de Lima, un poco huyendo de la niebla ciudadana, que podría prolongar demasiado el clima de la nórdica Malmö. Así pasan varios años, durante los cuales Javier dicta clases en un par de universidades limeñas. Cuando lo visito, en 1967, después de veinte años de ausencia del Perú, su casa es una isla de serenidad. Tengo la sensación de que se siente colmado, que el trajín de su vida cotidiana y hasta su misma salud, siempre tan frágil, han alcanzado un equilibrio. Se queja tan solo de

estrecheces materiales —inevitables para cualquier poeta, más aún si peruano— pero lo hace sin la más mínima amargura, con una suerte de sutil elegancia. Su juvenil sensualidad, aquella que lo hacía ruborizarse ante la vista de una mujer atrayente, está intacta. Goza de sus hijos, de su esposa, de los alimentos, de las flores y del vino, como si fueran los últimos fuegos terrestres. Pero su casa, además, no es solamente su hogar. Es también un sencillo, límpido, fervoroso templo a la poesía y a la juventud. «La Rama Florida», que da nombre a sus exquisitas ediciones manuales, es un manantial de agua pura que no cesa de calmar la sed de toda una generación. Los mejores poetas jóvenes de entonces, aquellos que hoy día mantienen alta nuestra mejor tradición, han editado sus versos por cuenta suya, han compartido con él libaciones, almuerzos, ensueños, momentos encantados de una estación irrepitable. Recuerdo vivamente su entusiasmo cuando me propuso la edición de un viejo poema mío, *mutatis mutandis*, durante mi estadía en el Perú. No sé si es pertinente aclarar aquí que a mi vocación clandestina, subterránea, marginal, de eterno exiliado, o como se la quiera llamar, repugna toda forma de aparición, si no es requerida por el afecto y la amistad. Si algunos libros he publicado, lo debo pues a la insistente bondad de mis amigos. Unas palabras de Rimbaud («explorar lo invisible, escuchar lo inaudito»), unidas a mi vocación por la arqueología y por el pensamiento oriental, explican en parte este amor a lo ignoto, a lo invisible e inalcanzable. Quizás es también por eso que no vivo en el Perú y que mi vida —la única cosa que considero exclusivamente mía— casi carece de contexto. Esto, evidentemente, me procura una inmensa soledad, pero me ha permitido, y me permite, realizar algunas obras, materializar sueños que la razón ni siquiera sueña. Algunas de estas «obras» son efectivamente invisibles, y lo serán para siempre. Se trata de poemas, objetos, ideas, simples fragmentos de la realidad cotidiana, pacientemente elegidos o elaborados para ser destruidos de in-

mediato, sepultados en la arena o arrojados en mares, ríos y lagos, abandonados en templos, teatros, cines, supermercados, trenes, autobuses. Algunas piezas las he mandado por correo a destinatarios pescados al azar en la guía telefónica, o he leído textos o transmitido piezas musicales, siempre a través del teléfono.\* Esta referencia a un aspecto bastante significativo de mi propia actividad que, aparentemente, no viene al caso, la hago sólo para explicar qué ha significado Javier para mí: sencillamente, a él le debo la parte visible de mi existencia literaria. En efec-

\* Mi sincero y viejo amor al anonimato no creo que pueda ser desmentido por algunas apariciones a través de los *mass-media* limeños, latinoamericanos o, más raramente, europeos. Sucede simplemente que una parte de mi existencia, la más frágil y vulnerable, no puede prescindir de su sustento. Aparecer de vez en cuando —como el lobo deja su guarida para buscar alimento— es la única concesión que me permito para poder proseguir mi trabajo. Admiro demasiado a los tejedores de Paracas, Huari o Chancay, a los ceramistas de Nazca y Chavín, a los escultores Gabón, Baulé o Senufo, a los primitivos sieneses, a los calígrafos zen, a los escultores cicládicos, dóricos y olmeca, a los arquitectos egipcios, a los artistas de Altamira y Lascaux, a los pintores maya, chinos o etruscos, porque creo que es sobre todo a ellos que les debemos lo que somos, o sea a nuestros anónimos ancestros, a quienes plasmaron para siempre nuestra verdadera identidad. Es con el auge, cada vez mayor, del culto a la personalidad (que nace sobre todo en Grecia, y se difunde en el Renacimiento), al nombre, a la firma, al autor, que comienza la declinación de la creatividad en las artes propiamente dichas. Y si a esta declinación agregamos la más completa comercialización de los objetos artísticos que registra la historia, obra de la sociedad capitalista avanzada, bien se puede decir que la muerte del arte —reconocida por Hegel y sus seguidores— está ya en acto. Las ideas de Walter Benjamín acerca de la difusión, o disolución, de la sensibilidad estética en el ámbito social (arquitectura, *design*, moda, publicidad, etc.) que sería otra forma, más benigna, de la «muerte del arte», desgraciadamente se han revelado, si no erróneas, imprecisas. En efecto, la crisis del *design* y de la arquitectura contemporánea —que son las columnas mayores de dicha postura— no han hecho sino acelerar un proceso que parece irreversible. En esta situación, defender el anonimato, aunque sea parcialmente, puede ser una modesta contribución en favor del arte, de la poesía, de la verdadera imagen del hombre, antes de su definitiva alienación.

to, fue él quien, leyendo mis primeros versos, los dio inmediatamente a publicar en diarios y revistas. Fue idea suya mi candidatura, en 1945, al Premio Nacional de Poesía, que luego obtuve. Aparte *mutatis mutandis*, me editó también *Canción y muerte de Rolando* en «La Rama Florida». Y ya más adelante, a mediados de los años 70, se llevó a Lima, desde París, el manuscrito de *Poesía escrita* para la edición que luego haría el Instituto Nacional de Cultura. Mi presentación a la Beca Guggenheim, que también obtuve, fue igualmente idea suya. Javier ha escrito, además, algunos de los textos más penetrantes y generosos sobre mi trabajo poético. Pero, sobre todo, ha rescatado siempre esa parte visible de mi existencia que se llama, precisamente, *poesía escrita*. Me parece innecesario añadir que tan insólito contraste entre su naturaleza apolínea, generosa y transparente, y la mía, dionisiaca, caótica, subterránea, ha alimentado una amistad sólida y pura como el diamante. Un doble privilegio para mí, un *doble diamante*, que siempre ha iluminado mi propia actividad, a través de tanto tiempo, tanta distancia, tanta difícil existencia.

### 3

Pero, volviendo a su casa de Los Ángeles, en 1967, Javier, repito, me parece colmado. Sin embargo, durante una de mis visitas, pone en mis manos un poema inédito, de nombre «Recinto». Mi primera reacción es de sorpresa y regocijo. Javier, me digo, sigue enfermo de poesía. No hay bienestar que lo alivie ni paz hogareña que lo salve. La poesía, para él, sigue siendo una enfermedad deslumbrante. No un simple resfriado del alma o una tos de la inteligencia, sino un insondable pretexto para explorarse a sí mismo y, haciéndolo así, explorar el universo. El poema que excava en «Recinto» es un receptáculo sagrado, una copa profunda de la que emerge incontenible, como un licor antiquísi-

mo, su propia poesía: «se contrajeron racimos rostros vísceras / espacio y tiempo apretaron sus mandíbulas / hubo objetos que no desistieron / el oro recogió sus destellos / lo encerrado fue el reino». El poema es, pues, esa sustancia embriagadora que se obtiene con la ayuda de una fuerza sobrehumana, que todo lo estruja y lo destila: «intentando sin embargo extraer / de cien mil hojas secas el poema». Operación para la cual, según él, «no basta el fuego incorruptible del corazón / ni su marcha / de reloj de infinitos rubíes / no basta la tierra / cuya sustancia nutrimos / cuya sustancia nos nutre». Esa fuerza sobrehumana no puede ser otra cosa que su pasión poética, una misteriosa energía que todo lo transfigura y lo llena de luz. Saboreados los frutos de la existencia, un cuarto de siglo después de sus marmóreas *Décimas de entresueño*, Javier descubre una vez más, bajo las aguas tranquilas de su vida, un objeto centelleante y eterno: la poesía. O más precisamente: su pasión poética, nunca traicionada ni reprimida, pero nunca tan exigente ni tan cercana al éxtasis. Es como si su innata vocación a la pureza, unida a su severa formación lingüística, se hubieran trasmutado en algo así como la *grande oeuvre* alquímica, desplazándose del precioso marco formal, a la simple y llana realidad del poema. O, dicho de otra manera: a la necesidad poética. Necesidad y pasión serán pues, desde entonces, las dos coordenadas de su poesía y, ¿por qué no?, de su vida.

*Surcando el aire oscuro* (1970) y *Corola parva* (1973-75) son dos breves poemarios en los que Javier parece algo aliviado de su antigua enfermedad. Por lo menos la fiebre ha sufrido un descenso. La temperatura y la atmósfera refrescante de estos poemas dan lugar al juego y al retozo, con resultados siempre brillantes y significativos, sobre todo en lo que respecta a la pura expresividad de la página blanca. Lo dice él mismo, con extrema humildad: «nada dejé en la página / salvo / la sombra / de mi inclinada cabeza». Si bien la necesidad de estos versos es evidente —como es necesario el *divertimento* o el *scherzo* en una vasta sinfonía—

la indomable pasión sigue al acecho, como una pantera en espera de la noche. Es decir, con el retorno de la fiebre. Ello ocurre puntualmente con *Folios de El Enamorado y la Muerte* (1974-78) y, sobre todo, con *El amor y los cuerpos* (1978-82), dos colecciones en las que retoma el tono mayor de *Recinto*, pero ya no para excavar el absoluto poético encerrado en su propia escritura, sino para entregarse plenamente a su pasión, que es casi como decir al verbo encarnado, a la palabra que se vuelve cuerpo, o a la carnalidad que deviene palabra. Es extraordinario que entre dos tiempos fuertes, como son *Folios...* y *El amor...*, Javier haya nuevamente intercalado un tiempo débil, una secuencia lírica de admirable plasticidad, resultado de su viaje a Grecia. Dos pinceladas le bastan para captar todo el sabor, el arcaico perfume, la luminosidad y la tragedia del Mediterráneo: «TIERRA / de huesos / casas blancas / calcinadas / enjutas mujeres / de negro / aceite y cordero / melodías bullentes / grueso vino / y / el mar el mar / nocturnas / cavernas / del viento / extenso / musitar / sonámbulo / MAR» (*Orbita de dioses*, 1976-78). Tras la inmersión en las divinas aguas del Mediterráneo, era inevitable el regreso de la fiebre terrestre. La llegada de Ilia, su actual esposa, es el resorte que la desencadena y que, al mismo tiempo, le confiere su más definitivo engaste. La sacralidad del cuerpo, la transfiguración y el transporte operados por el acto amoroso se convierten, a su vez, en palabras, las cuales brillan como gemas en el insondable abanico de su sensualidad. Un resplandor oscuramente humano y una exquisita incandescencia se desprenden de estos versos delgados y penetrantes como el *substractum* fálico y primordial del cual emanan y que, como tal, da origen a un *logos* necesariamente extático: «instante en que / soy / todo yo / en que ya / no soy / yo». Sin embargo, más allá de la fiebre amorosa, más allá de la piel amada, del vértigo inextinguible de los sentidos, de la perfecta fusión místico-erótica, con pasmosa lucidez, el poeta se pregunta nuevamente: «¿alguien sabe la hora exacta? / extraño el



amor / que nunca tuve que / no di ni recibí / el que tengo lo enciendo / a veces / lo apago después / ¿alguien sabe la hora exacta? pienso luego no existo pienso». Así, durante la pasión, durante el mismo abandono, sostiene siempre alta la antorcha de la poesía, que no es otra cosa que una interminable indagación, una estrella de infinitas puntas, ante las cuales la más alta pasión resulta insuficiente. Así lo dice en *La hora*, que es el consecuente desarrollo de los versos anteriores: «terriblemente oscura / la pasión exhala entonces / los ayes del abismo / y sin aviso previo / naufragan los mensajes». Y más adelante: «quise leer los afilados signos / del grande del único analfabeto / acotar su infinito / soplar sus apartadas oriflomas / leer / percibir el ácido del tiempo / desatar el nudo / abrir la cicatriz / penetrar en el cuerpo por la llaga». El poema —seguramente uno de los mayores de la poesía latinoamericana— sigue extensamente, en este subido registro. Este himno a la existencia, y a la existencia de la poesía, es también, por primera vez, una larga meditación sobre la muerte. Javier retoma el verso solemne de *Recinto*, pero casi rebasando las fronteras del poema, su escritura madura, rica de humanidad y de fastuosas imágenes, adquiere el tono lapidario de un sermón: «los miro con estos ojos que se ha de comer la tierra». El texto pone al desnudo el desgarrador conflicto entre la maravilla y el horror de la existencia, y culmina con una nota de desesperada confianza: «me pregunto en esta hora / con un clavo que va desde el corazón al cerebro / si sobre esta carroña inmensa / se erigirá al hombre futuro // la flor se esponja en el silencio del nirvana / en el paraíso la suprema luz espuma / la voz de Vincent me está gritando al oído / que la miseria jamás acabará / pero repito / sin embargo no entierro la esperanza».

Es probablemente con *La hora* que Javier corona su viejo proyecto de vida y poesía continua, o de poesía y vida continua. No habría podido imaginar, sin embargo, que dicho proyecto le tomaría todas sus fuerzas, toda su vida, toda su poesía. Como en

una larga escala («Escalas» es uno de los subtítulos de otro largo poema, *Tornaviaje*, fechado en 1989) cada visión, cada amargura, cada éxtasis, cada instante de dolor, de rabia, de placer, de maravilla, de desolación, de euforia, cada mirada, sonrisa, sollozo, cada granito de arena, piedrecilla, hoja seca, pétalo de rosa, pájaro, fruta, mariposa, cada despertar y cada ensueño, cada anochecer y cada estrella, cada pensamiento, onda del mar, gota de sangre, latido, cada mísero hueso y su ceniza y su inevitable estertor, todo, absolutamente todo, no han sido sino los peldaños por los que su poesía y su vida han ascendido del brazo hasta el altar de su consumación. *Matrimonio entre el cielo y la tierra*, o sacrificio ante los dioses de la escritura, la poesía de Javier es, ante todo, un luminoso ejemplo de apasionado amor a la vida, cuando la vida puede ser también, como en su caso, siempre e irremediabilmente poesía, altísima poesía.